

Presentación

El presente número de la Revista está dedicado especialmente a algunos temas de teología moral como una parcela importante del extenso campo de la teología pastoral. El motivo principal para escoger este tema es que estamos celebrando el III Centenario del nacimiento de San Alfonso María de Liguori, doctor de la Iglesia, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor - redentoristas- y Patrono de los teólogos moralistas.

Una mirada sobre el mundo de hoy, y más de cerca sobre nuestro país, observa fácilmente casos de corrupción que suponen el olvido de la ética. Da la impresión de que se han roto todos los diques en el plano de la moral familiar y social y que la gente se ha acostumbrado a no considerar los valores éticos cuando se trata de ordenar su vida, de realizar negocios, y de «servirse del poder» para su beneficio personal. La moral estaría en banca rota. Bastaría el cacareado progresismo para entrar en un paraíso terrenal.

Pero se tiene también la impresión de que muchos ya están de vuelta. Es cada mayor el clamor social contra estas conductas progresistas guiadas sólo por la “viveza”. Tal vez estemos llegando al momento oportuno para iniciar ese «renacimiento moral», abriendo horizontes positivos que presenten ventajas -aun en el orden puramente humano- de la defensa de los valores éticos como base de la regeneración social y de la dignificación de la vida humana.

A partir del Vaticano II hemos asistido en el campo de la teología moral a un proceso de renovación profunda de vastas consecuencias. Este cambio tal vez haya sido más espectacular y difundido en lo referente a determinadas cuestiones específicas y más polémicas de moral concreta. No obstante, la raíz de tales cambios hay que buscarla en el ámbito de la fundamentación ética.

Si bien es cierto que el mundo de hoy en general no tiene oídos para escuchar voces autorizadas en la materia, en concreto el Papa Juan Pablo II ha

propuesto su magisterio en medio de posiciones encontradas aun en el seno de la misma Iglesia sobre ciertas cuestiones. Cabe destacar la encíclica *Veritatis Splendor* que, como afirma el P. Mikel de Viana, S.J. es un hito en el itinerario magisterial de Juan Pablo II, caracterizado por su convocatoria a las raíces últimas de la experiencia humana. El punto de partida ha sido el clamor radical del hombre contemporáneo que busca a tientas la plenitud y absolutez la vida existencial: la verdad, la bondad y la belleza.

Será el P. Antonio Danoz, CSSR, quien hace ver la importancia de la moral en la acción pastoral. El ITER concibe toda la teología como teológico-pastoral. Tanto el punto de partida como el de llegada de la teología es la actividad pastoral. Los futuros sacerdotes deben formarse en una sensibilidad muy clara y segura de los comportamientos morales de la persona en medio de las más variadas situaciones colectivas y personales.

Al conmemorar el III Centenario del nacimiento de San Alfonso María de Liguori, el P. Ignacio González A., CSSR, nos presenta el Perfil moral del Santo, Patrono de los teólogos moralistas. Los redentoristas han creado la escuela de moral alfonsiana. La comprensión de ese Perfil puede ayudarnos a promover una moral que sea capaz de comprender al hombre de hoy que se encuentra muy necesitado de «luz y verdad» para vivir su existencia.

San Alfonso, si no es el único, pero sí es uno de los mejores representantes de lo que se ha venido llamando la «casuística moral». El Prof. Eduardo Piacenza presenta una inesperada e imprevista renovación de esta moral, que tiene una aplicación más inmediata en la pastoral. Es fácil observar el interés creciente, incluso en el mundo de los negocios y de las empresas, por esta ética casuística, cuya preocupación es la de formular una ética en clave secular autónoma aceptable para el mundo de la modernidad.

El lenguaje de la teología, especialmente moral, tiene que acercarse al hombre de hoy para hacerse comprensible. Este es un problema común a todas las ciencias. Pero la moral es además interpelante, al llamar a tomar decisiones sobre comportamientos que no siempre se ajustan a lo que es recto y verdadero. La Moral tiene que propiciar un diálogo de respeto, rectitud y benignidad.

José C. Ayestarán, S.J.